

TARANTULA

Alberto Huerta
(seudónimo: "CABRA")

juan sintió todo el cuerpo adormecido. quiso moverse pero resultó en vano. le pareció que estaba despertando de un largo sueño. tardó unos minutos para darse cuenta de que algo bastante extraño le estaba ocurriendo. su primer impulso fue el de querer levantarse, ir al baño y enjuagarse la boca. pero no pudo moverse ni un milímetro. todo su cuerpo estaba totalmente entumecido, dormido, extraño. sintió que la boca se le estaba llenando de un polvillo arenoso, que al contacto con la saliva formaba una masa chiclosa. pensó en escupir, arrojarla lejos. intentó levantar cuando menos la cabeza pues tuvo la sensación de que se iba a ahogar, comprendió con desolación que no podía, algo lo tenía pegado al suelo. al principio pensó que todavía estaba durmiendo, que todo era un sueño, pensó entre divertido un poco extrañado. dentro de unos minutos sonará el despertador y todo cambiará. como todos los días irá al baño y se lavará los dientes. la misma rutina. vestirse a la carrera para después desayunar con calma sus corn flakes con leche tibia, el par de huevos fritos, el vaso de jugo de naranja y luego correr a esperar el camión en la esquina para ir a clases. pasaron los minutos. juan comprendió que no podía despertar de aquel sueño truculento que lo obligaba a permanecer inmóvil, sintiendo aquella molestia en el interior de su boca. quiso hablarle a su mujer, pero no escuchó su propia voz, es más, ni siquiera logró articular palabra alguna. de nuevo intentó levantarse, esta vez con mayor

brusquedad. no lo logró, quedando en el mismo sitio y ahora le dolía terriblemente el pecho. pensó que tal vez estuviera sufriendo un ataque al corazón. un infarto, eso es, pero no, ya era demasiado. un infarto no podía tener tal intensidad. al menos, eso es lo que juan pensaba. de nuevo vinieron a su mente nuevos pensamientos. posiblemente algo lo tenía paralizado. pero, ¿qué era eso? ¿qué pasaba? de una cosa estaba seguro, estaba solo, nadie se daría cuenta de que él moriría sin que nadie se enterara. recordó las historias que leyó en las novelas, narraciones semejantes a lo que a él le ocurría, alguien queda inmóvil, se acosa de preguntas que no puede responder, piensa que puede morir, lo cree así, pero al fin, cuando ya se piensa en la muerte inminente, suena el timbre del despertador y se despierta uno, sudoroso pero feliz. o alguien que de pronto sufre un ataque de algo y lo dan por muerto, se le vela con grandes manifestaciones de dolor, y él mira los cirios y quiere hacerles ver que están en un error, que él está vivo, pero nadie se percata de ello. cierran la tapa del ataúd y siente como lo transportan de su casa al templo, hasta él llega el olor a incienso, el rumor de la misa, del templo al cementerio y, ya allí, siente con angustia cómo el ataúd va descendiendo hasta tocar suavemente el fondo de la sepultura. grita. golpea la tapa, pero nadie se da cuenta del ruido, hasta que alguien, posiblemente un desconocido, sin hacer caso de las protestas, ordena que se abra

el ataúd, y cuando al fin lo hacen, aparece él, sudoroso, arañado, tratando de respirar aire puro. grandes manifestaciones de alegría, otras de disgusto, y colorín colorado, este cuento se ha acabado. pero estas son historias que se cuentan por la calle. no, no, esto es otra cosa, esto es real, no son cosas que alguien se imaginó. reposa. de nuevo las preguntas. ¿sufriría un desmayo? ¿tal vez un accidente en la calle? quiso recordar el pasado. era de mañana y él tenía que haber desayunado esa mañana corn flakes con leche tibia, un par de huevos fritos y una taza de café negro. su esposa se despidió de él con un beso en la mejilla. al fin recordaba algo. entonces, ¿en dónde estaba? quiso recordar otras tantas cosas, no era posible que estuviera en un estado amnésico. recordó las palabras de despedida de su mujer: "te espero a comer, gordito". pero después, ¿qué pasó? fue entonces que se dio cuenta que sentía calor, que tenía el sol de frente y que el sudor lo empapaba por completo. sudaba. eso quería decir que no estaba muerto. sus oídos comenzaron a zumbar terriblemente, era un zumbido electrónico, penetrante como el filo de un cuchillo. después fue como si estuviera sintonizando una estación en el cuadrante de la radio. localizó sonidos, se dio cuenta de que estaba en la calle y que los autos pasaban rápidos esquivando con un rechido de llantas su cuerpo. entonces, tal vez sufriera algún desmayo, eso fue lo primero que pensó, pero en seguida se preguntó: "¿por qué diablos nadie me viene a auxiliar?". luego pensó en un accidente, probablemente algún automóvil lo arrojó contra la banqueta, algo, no sabía qué. . . quizás estaba demasiado grave y por eso no lo movían. fue entonces que reconoció el sabor dulzón que sentía en la boca, era sangre, y aquella cosa arenosa y chiclosa era su propia lengua empapada de sangre. quiso reposar. tal vez la ambulancia venga ya en camino. pensaba. recordó que en la bolsa superior de la chaqueta traía su identificación, le avisarían a su esposa. pronto estaré bien, en algún hospital, en un cuarto blanco. todo esto lo pensó rápidamente, casi sin detenerse. sintió por primera vez que respiraba, eso lo calmó un poco. recordó que siempre que se despertaba por la mañana pensaba lo mismo: "esta mañana es igual a todas las demás, pero tiene algo diferente, un grumito de ternura que ayer no tenía". sin embargo, esta mañana tenía algo más que ternura, era totalmente violenta, fue-

ra de lugar, de todo aquello a que él estaba acostumbrado. pensó en cómo iba a regresar a casa, sintió el deseo de abrazar a su esposa, besarla e ir a la cama despacito a hacer el amor sin importárles que la comida se enfriara encima de la estufa. también podía suceder que de un momento a otro, cuando él menos lo esperara sonaría el teléfono o el timbre del despertador o el de la puerta. él se despertaría sobresaltado. . . pero, ¿cómo explicar el desayuno de en la mañana? entonces vinieron los recuerdos un poco fragmentados, como en gotero. recordó que había tomado el camión en la esquina de su casa, que contó el dinero que el chofer le dio de vuelto, de que se había sentado en un asiento y que leyó algunos trozos del libro que iba cargando bajo el brazo, que cuando pidió la parada le costó trabajo ponerse de pie y caminar hasta la puerta pues se le había dormido una pierna y que le mortificaba el cosquilleo que le recorría la pierna. ahora los recuerdos son más frescos. entonces. . . ¿en dónde estaba? ¿por qué la sangre en la boca? ¿se caería al bajarse del camión? . . . se miró caminando por la calle, recordó algunas caras que lo miraron y hasta lo saludaron. se vio reflejado en el cristal del aparador de una tienda de viejo observando algunas figuritas de marfil, sobrecitos de estampillas postales. le pareció que el dueño lo miraba descuidadamente, aburrido, con un suéter guinda y camisa azul desteñida y un poco arrugada. ¿por qué recordaba todos aquellos detalles mínimos y no podía recordar lo que le había sucedido? de nuevo las preguntas que le costaba trabajo responder. ahora juan recuerda como entró en el interior de la universidad, mira los pasillos repletos de muchachos que te miran sin mirarte. tienes un momento feliz cuando una muchacha de falda brevísima que sin conocerte te sonríe y te dice: "¡hola!", así nomás, sin conocerte, de puro gusto. ¿lo recuerdas? aún era de mañana y el sol ya calentaba sabroso. ella estaba rodeada de amigos que reían de todo y de nada, y ella feliz, palmeándose los muslos y riendo a carcajadas. te desesperas, quieres comprenderlo todo, pero aún sientes pesada la cabeza, el cuerpo, tratas de abrir los ojos pero los párpados son dos planchas de acero, inmóviles. ahora sales de la universidad con fernanda, compran una paleta de limón, la chupan, sienten en los labios el frío del hielo, le dan mordiscos pequeños, la chupan sentándose al mismo tiempo en la banqueta. miran pa-

sar la gente mirando nada más por mirar, sin preocuparse de nada. la mañana es agradable y hace un poco de calor. miras a fernanda y la encuentras hermosa, sientes su calorcito y se te entumen los dientes, ríes. ella te mira extrañada: "¿de qué te ríes?", pregunta mirándote a la cara. "de nada, esta mañana amanecí medio loco", ella también se ríe y chupa su paleta. repentinamente te toma de la mano, volteas y la miras y remiras y ves que ella también te mira fijamente. "¿sabes?, de pronto sentí mucho miedo." y aprieta más tu mano. "¿de qué? no pasa nada." y la ves, y sí, sientes que tiene miedo y que de pronto sus ojos se vuelven acuosos y dos lágrimas ruedan por sus mejillas. quieres hablar y no puedes. solamente la miras y, ella, tu amiga fernanda, se limpia con los dedos las lágrimas y ríe con una risa fresca. "qué boba soy" dice y sigue chupando su paletita de hielo con sabor de limón y color verde fuerte. tú la sigues mirando y ella recoge su mano de la tuya, apartas la mirada y ves que llegan más muchachos que al pasar junto a ustedes les dicen: "compañeros, ya vamos a salir, no se vayan" ustedes los miran un momento y saben que tienen que ir. ahora comprendes todo. recuerdas. te das cuenta de que fuiste con fernanda a un mitin a la plaza de armas. ¿dónde está fernanda? te preguntas. ahora lo recuerdas todo. llegaron hasta allá, viéndolo todo. había mucha gente, todos con la mirada fija en el palacio de gobierno, los del comité pedían orden, trataban de evitar actos de provocación que pudieran dar motivo a una represión violenta. viste pasar junto a ustedes a unas amas de casa, aún con sus delantales puestos y algunas con tubos rizadores en la cabeza. los del comité pedían que se organizaran brigadas de alimentación pues se iba a permanecer allí hasta que se resolviera el problema. otros se encargaron de las pintas, de repartir volantes. el equipo de sonido se escuchaba gangoso, ronco, casi no se entendía nada. las puertas del palacio de gobierno se encontraban semicerradas y por los balcones se asomaban de vez en cuando las secretarías, empleados, mozos, agentes de seguridad, etcétera. algunos muchachos del comité llegaron hasta el mismo centro de la plaza y con brochas y pintura roja realizaron algunas pintas. la que más destacaba era una de letras muy grandes que decía: "¡gobierno asesino!" todos estábamos a la expectativa. en ese momento

llegaron camiones de la universidad llenos de muchachos, algunos cargaban pancartas, los del comité hablaban y hablaban. tú, fernanda, y algunos más miraban a los balcones altos de palacio, claro, ahí una oreja señalaba a un agente de seguridad a los compañeros del comité. un poco después se abrieron de pronto las puertas de gobierno y aparecieron soldados, policías uniformados y judiciales. todos iban armados. sin decir nada dispararon. sí, parecía increíble, pero se soltaron disparando sin ton ni son, cada quién por su lado, pero siempre hacia la multitud. todos corrieron. fernanda quiso tomarte de la mano, pero la multitud la separó de ti, mientras tú corrías a refugiarte en un callejoncito. sí, juan, lo has recordado todo, o al menos una gran parte. miraste cómo corría la multitud de un lado para el otro, buscando una salida, como olas de agua salada que se acercan y retiran de la playa. de todas partes aparecían nuevos soldados y nuevos policías. ahora ya llegaste a ese mediodía, ya estás recordando que ya no oíste nada con claridad, aquello era un sonido sordo, único, que el día se tornó gris y pegajoso. la plaza de pronto se llenó de un olor a podrido. sentiste un dolor sordo y caliente que te atravesó de parte en parte. todo quedó repentinamente en silencio. volteaste a la plaza y viste puras imágenes sin sonido, como en las películas de charles chaplin. rodaste y tu cabeza golpeó contra el adoquinado de la calle. en ese momento pensaste en fernanda, en tu mujer, en la paleta de limón, volteaste un poco la cabeza y miraste un balcón vacío, luego otro en el que una niña rubia lloraba a gritos y una mujer se tapaba la cara con las manos y reía enloquecida. ahora ya estás terminando, comprendes todo con claridad. abres los ojos por fin y tratas de enfocar las imágenes. al fin logras mirar un pedacito de cielo azul. te arden los ojos. buscas los balcones y los encuentras vacíos. sientes la carne floja, quieres gritar, pero te lo impide tu propia lengua que tienes pegada al paladar llena de costras de sangre coagulada, ahora ya sabes que no estás soñando, que esto no es una historia. que mañana tenías un examen, pero también comprendes que el curso ha terminado para ti, que estás exento. fuera. tienes conciencia de que estás vivo, tirado ahí, en plena calle, sin que nadie te auxilie. solo. pensando en tu mujer, en fernanda, en la comida que no llegaste a probar, en ese momento algo

cae en tu mano, algo que te hace voltear con trabajos. miras, asqueado sientes unos pasos lentos, cojos, lentísimos, rasposamente lentos, que se acercan a tu muñeca derecha. miras, remiras, no lo puedes creer, pero ahí está, mirándote también con esos infinitos ojos rojos, tristonos, tiernos. quieres gritar. luego, después de mirar su mirada tierna, llena de amor, el asco desaparece. has comprendido. le sostienes la mirada y piensas: “¿cómo es posible, cómo es posible que solamente tú sientas amor por mí?” con trabajos quieres hablarle, de pronunciar sonidos cuando menos, al fin, trabajosamente murmuras: “yo también te amo, tarántula” de la casa de enfrente, del balcón vacío, desbordándose como agua de un tinaco lleno se deslizan las notas amargas de un danzón que se derrama, que llega a ti, te abraza, y

susurrante como una noche de septiembre se mete en tu oído, ya no escuchas nada. la tarántula camina coja por la calle, rumbo a la plaza, adormilado te despides de ella con la mirada. piensas que alguien te toma de los tobillos y te arrastra golpeando tu cabeza con los adoquines. miras, ves los toscos zapatones. te das cuenta. te entra el pánico y quieres gritar, decirle al soldado que no estás muerto, que quieres que te dejen allí, tirado en plena calle. comprende, juan, has terminado. pronto te convertirás en fuego, en polvo, en viento, un vientecillo suave, tranquilo, que revolotea sobre algún jardín de la ciudad, o tal vez remolino en medio del campo, en una milpa, en el desierto, o brisa de mar, fresco, en la orilla arenosa, en plena playa o en la pura nada. . .

esto es para gerardo de la torre.

